

lord Wellington no se había cuidado de perseguir á un adversario al que estaba seguro de volver á encontrar; se había apoderado de Burdeos, abierto la ciudad á los Borbones, y después de todo esto se dirigió al encuentro del mariscal Soult, subiendo con sus tropas por la ribera izquierda del Garona.

El general inglés contaba con sesenta mil hombres, entre los cuales había muchos españoles y portugueses, animados por la victoria y émulo bajo la influencia del ejemplo y del triunfo de los soldados ingleses, aunque sin parecerse á ellos en manera alguna. Las fuerzas del mariscal Soult no ascendían más que á treinta y seis mil soldados, pero todos escogidos y poseídos en aquellos momentos de un verdadero frenesí patriótico. Desgraciadamente, el mariscal, afectado por los acontecimientos, no tenía confianza en sí mismo ni en la fortuna, y se retiró á Tolosa, fortificándose allí con gran acierto.

Esta ciudad considerable, que comparte con Burdeos y Marsella la influencia moral en el Mediodía de la Francia, era de gran precio desde todos los puntos de vista militares y políticos, y debía conservarse á toda costa. Hallándose situada por completo, con excepción del arrabal de San Cipriano, sobre la orilla derecha del Garona, era preciso para ser atacada que el general inglés, que se dirigía por la orilla izquierda, atravesase delante de los nuestros un río grueso é impetuoso. Comedido en sus operaciones, con soldados poco acostumbrados á andar, y cargado con un inmenso convoy de víveres, no podía lord Wellington evitar con rápidas maniobras la vigilancia de un adversario que hubiera querido impedirle el paso del Garona. A pesar de esto el mariscal Soult, confiando exclusivamente en la posición que había escogido alrededor de Tolosa, no se cuidó de defender el paso del río que los separaba, y le dejó en libertad de poder escoger el mejor sitio para colocar un puente. Lord Wellington llegó en sus exploraciones hasta más allá de la confluencia del Ariège y del Garona, y entró asimismo en Cinte-Gabelle, ya sea en la creencia de encontrar en aquella altura un pasaje más fácil, ó ya por figurarse que amenazando interrumpir las comunicaciones del mariscal Soult con el mariscal Suchet, decidiría á los franceses á abandonar su posición. Sin embargo, lord Wellington comprendió que corría algún riesgo, y volviendo á desandar lo andado, siguiendo siempre el curso del Garona, resolvió atravesarlo más abajo de Tolosa, es decir, en Grenade.

El 4 de abril, día de la primera abdicación de Napoleón, el general logró á pesar de la corriente echar un puente de barcas cerca de Grenade, y transportó á la orilla derecha las fuerzas que mandaba el mariscal Beresford. Apenas concluyeron de atravesar el río, cuando una avenida súbita y violenta, tan frecuentes en aquella estación, destruyó el puente, empujando las barcas río abajo. Quince mil ingleses que componían la mejor parte del ejército enemigo, se vieron, pues, expuestos á nuestros golpes, y una vez destruidos, todo el ejército inglés sufriría un verdadero desastre. La caballería del general Soult, hermano del mariscal, se aperció de este feliz accidente; el general conde de Erlón tuvo también conocimiento del suceso, y los dos generales se apresuraron á comunicar al general en jefe la noticia de aquel favor inesperado que les deparaba la fortuna, tan rigurosa para nosotros desde hacía dos años. El ma-

riscal, desconcertado por los reveses que había sufrido anteriormente, y no creyéndose seguro más que en la fuerte posición defensiva que ocupaba en Tolosa, no se atrevió á abandonarla para salir al encuentro de los ingleses, á los que hubiera podido alcanzar en veinticuatro horas y precipitarlos en el Garona. Los ingleses permanecieron cuatro días en esta falsa posición; pero habiendo bajado las aguas durante este tiempo, lord Wellington restableció el paso y reunió todas sus fuerzas en la ribera de la derecha. El 9 se presentó delante de Tolosa, resuelto á atacar á los franceses al día siguiente, y cuidando de que siguiera su marcha el puente de barcas á medida que avanzaba contra la corriente del Garona, con el fin de proporcionarse la retirada en caso de sufrir algún contratiempo.

La posición escogida por el mariscal Soult le ofrecía grandes ventajas. El Garona, que desciende perpendicularmente de los Pirineos, se inclina hacia la derecha al llegar á Tolosa, y formando allí una especie de recodo, se dirige en seguida casi paralelo á las montañas hasta llegar al mar. Aunque el enemigo, después de atravesar el Garona, amenazase la orilla derecha más que la izquierda, el mariscal Soult se había preparado, como era natural, para defender á Tolosa por uno y otro lado. En la orilla derecha, es decir, en el recodo interior que forma el Garona y que invade el arrabal de San Cipriano, había hecho levantar dos baluartes de tierra y un fuerte, defendido por empalizadas, que se apoyaba por sus dos extremidades en la corriente del río. Detrás de esta primera línea de fortificaciones, el muro del arrabal, almenado, guarnecido de torreones, y lleno de piezas de artillería, formaba un segundo obstáculo, casi imposible de vencer. Por último, aun suponiendo que se viese obligado á abandonar el arrabal de San Cipriano, no tenía más que hacer que pasar el puente de piedra que une el arrabal á la misma ciudad, y destruyendo el puente, reducía al enemigo á quedar confinado en la orilla derecha, después de haber perdido mucha gente en un ataque inútil. Una buena división bastaba para protegernos por aquel lado y hacer infecundos en él todos los esfuerzos del ejército británico.

En vista de todo esto, no era probable que el ataque se dirigiese por la orilla izquierda, donde no podrían apoderarse más que de un arrabal, y era más de temer que lo verificasen por la de la derecha, donde en caso de vencer podrían hacerse dueños de la ciudad. Pero por este lado no era menos difícil que consiguiesen sus deseos. El canal del Mediodía, envolviendo á Tolosa y reuniéndose al Garona más abajo de la ciudad, presentaba una primera línea de defensa cuyo paso podía ser vivamente disputado, contando además con el recurso de las murallas para prolongar la resistencia. Todos los bordes del canal habían sido cuidadosamente fortificados; sus puentes habían sido cubiertos de trincheras, y minados. Así, pues, el canal defendía todo el Norte de Tolosa. Al Este y al Sur la posición era todavía más invulnerable, porque delante del canal se extendía desde la Pujade al Calvinet una línea de alturas erizada de reductos y de cañones. Allí era donde el mariscal Soult había establecido el grueso de sus tropas; y con efecto no era posible que el enemigo pensase en atacar seriamente ningún flanco de los muros de la ciudad, sin haber desalojado á los franceses de las alturas. Hubiera sido

preciso que descendiese hacia el Sur, presentándose en descubierto á las tropas francesas al verificar este movimiento, y que atravesando el canal por su derecha y á sus espaldas, se dirigiese á atacar á la ciudad por el arrabal de San Miguel. Pero también había tomado el mariscal sus precauciones para defenderse por este lado, y había cubierto el arrabal con fortificaciones y artillería.

El mariscal Soult colocó la división Maransín, separada del cuerpo del general Reille, en la orilla izquierda dentro del arrabal de San Cipriano. Como acabamos de ver, aquella fuerza era suficiente para defender aquel sitio. El grueso del ejército estaba situado en la orilla derecha. La división Darricau, del cuerpo de Drouet de Erlón, acantonada detrás del canal, sobre el puente de Matabiau, defendía el Norte de la ciudad. La división Darmagnac, del mismo cuerpo, ocupaba el espacio que había entre el canal y las alturas. Las divisiones Harispe y Villatte, del cuerpo de Clausel, ocupaban las alturas; y por último, detrás de ellas y de reserva se encontraba la división Taupin, completando el resto del cuerpo del general Reille.

Lord Wellington resolvió dar la batalla el 10 de abril por la mañana. Encargó al general Hill, con las divisiones Murray, Stewart y Morillo, del ataque de los franceses por la orilla izquierda del Garona delante del arrabal de San Cipriano, y con aquella fuerza tenía más de la necesaria para una operación que no podía ser más que secundaria. El resto de su ejército lo condujo á la orilla derecha. El general Picton, con la división escocesa, recibió la comisión de apoderarse del canal al Norte de la ciudad, mientras que la división ligera de Alton amalgamaba este ataque con el que los españoles debían intentar contra las alturas de la Pujade. Por último, el mariscal Beresford, con las divisiones Clinton y Cole, debía rodear el pie de las alturas, dirigiéndose de Norte á Sur, procurar arrebatar á los nuestros la posición de Calvinet y presentarse después por el Sur ante el arrabal de San Miguel. Para ayudarle en aquellas operaciones, llevaba una gran parte de la caballería británica.

El general Hill, colocado sobre la orilla izquierda, atacó desde la mañana del 10 delante del arrabal de San Cipriano á la división Maransín, pero con poco ímpetu, toda vez que el esfuerzo decisivo no debía operarse por aquel lado. Encontró una fuerte resistencia y comprendió que podría ser una cosa seria el tratar de llevar más lejos su tentativa. En la orilla derecha, verdadero campo de la batalla, el general Picton se dirigió al canal con audacia. El bravo Darricau, el antiguo coronel del 32.º, que se había hecho ilustre en Diernstein, en Hall y últimamente en España, defendía con su división los bordes del canal, colocando hábilmente sus soldados detrás de esta línea de defensa, y dándoles él mismo ejemplo, rechazó todos los esfuerzos de los ingleses durante muchas horas y cubrió las orillas del canal con los escoceses muertos ó heridos. Entretanto, el general Freire trató de apoderarse con sus españoles de las alturas de la Pujade que se unían al espacio del canal defendido por el general Darricau. Los españoles, recibidos por un violento fuego de artillería y de fusilería, avanzaron atrevidamente hasta el pie de las trincheras; pero al llegar allí fueron asaltados en su flanco izquierdo por el general Harispe y en el derecho por el general

Darmagnac, y no pudiendo sostener aquel doble ataque, abandonaron el campo, dejando en él un número considerable de cadáveres. Hubieran asimismo perecido todos allí, si no hubiera acudido en su socorro la división ligera de Alton. Al mediodía habían perdido los ingleses cerca de tres mil hombres sin haber alcanzado nada, y viéndose por el contrario rechazados lo mismo en la orilla izquierda que en la derecha, á lo largo del canal que delante de las alturas de la Pujade.

Por entonces el mariscal Beresford ofreció al general francés una magnífica ocasión de terminar el día con un triunfo decisivo. Este mariscal, dirigiéndose de Norte á Sur á lo largo de las alturas que cubrían nuestra posición, verificó ante nosotros un movimiento de flanco, peligroso, pero preciso, puesto que necesitaba indispensablemente encaminarse hacia el Sur para aproximarse á Tolosa. El peligro de aquel movimiento era tanto más grande, cuanto que si en aquel instante se hubieran los nuestros arrojado sobre él en masa, le hubieran precipitado sobre el seno fangoso de una pequeña ría, la de Ers, que se desliza paralela á la línea de las alturas. La fortuna nos sonrió entonces por segunda vez en ocho días, pero aquel debía ser su último favor. Los generales Clausel, Harispe y Taupin, acercándose al general en jefe, le incitaron á aprovecharse de la ocasión, y á lanzar el grueso de sus tropas sobre el flanco del temerario Beresford, que comprendiendo el peligro á que se hallaba expuesto, se apresuraba á terminar su movimiento; pero el mariscal Soult, recordando siempre las faltas que se habían cometido al luchar con los ingleses, abandonándose fuera de tiempo posiciones defensivas para ir á su encuentro, temió cometer una falta semejante por entonces, permaneció dudoso más de dos horas y no se decidió á contener la marcha de Beresford, sino cuando éste dejó de presentar el flanco y caminaba de frente, con el mayor orden, contra el extremo derecho de nuestras posiciones hacia el punto del Calvinet. La división Taupin, enviada demasiado tarde, perdió inútilmente el apoyo de una aldea en la que hubiera podido defenderse mucho tiempo, abordó al enemigo con gran ímpetu, fué recibida con el vigor peculiar de los ingleses, y desgraciadamente vió caer en tierra á su general en el momento en que más falta hacía. Quedó por tanto sin jefe ni dirección durante algunos minutos, y los ingleses, aprovechándose de su embarazo, se apoderaron de los reductos del Calvinet. En vano se trató de recuperarlos. El general Harispe fué puesto fuera de combate al intentarlo, y el mariscal Beresford, atravesando entonces la línea de las alturas sobre nuestra ala derecha, se presentó al Sur de la ciudad. En nuestra retirada hubo un poco de desorden, y esto puso en peligro por algunos momentos á Tolosa; pero afortunadamente un capitán de granaderos del 118.º, llamado Larouziere, reuniendo á su compañía detrás del terraplén del canal, sorprendió á los ingleses con un fuego á boca de jarro, los contuvo y dió tiempo para rehacerse á la división de Darmagnac. El enemigo se vió obligado á no poder pasar adelante; pero por más que en todo el resto de la línea se hubiera rechazado á los ingleses tan valerosamente como por la mañana, la posición del Sur, después de lo ocurrido en ella, no podía ser sostenida por más tiempo.

Hubieran debido replegarse todas las tropas detrás

de los muros de Tolosa y tomar el partido de defenderse allí á toda costa, y en este caso los treinta y dos mil hombres que quedaban al mariscal Soult hubieran podido hacerse fuertes en aquella posición; pero esto no ofrecía resultado alguno, y por otra parte exponían á la ciudad de Tolosa á los más crueles sufrimientos. En cambio, replegándose á Carcasona, estaba seguro el mariscal Soult de que podría reunirse á él el mariscal Suchet, y juntos ambos presentar al prudente Wéllington un número de fuerzas ante el cual nada hubiera podido intentar. Tomó, pues, el acertado partido de atravesar á Tolosa para retirarse á Villafranca. Durante aquella jornada perdieron los ingleses cinco mil hombres y nosotros tres mil quinientos. Como siempre, el ejército español fué desgraciado, pero heroico.

La noticia de los acontecimientos de París llegó por fin á aquellos parajes. Con más actividad hubiera podido salvar el gobierno provisional la vida de ocho mil valientes sacrificados sin utilidad por una cuestión ya resuelta en otra parte. Hasta el 8 de abril no se acordó el gobierno provisional de enviar un emisario á los dos ejércitos que se batían en la falda de los Pirineos, y de hacer esto era de lo que primero debió acordarse, puesto que aquellas fuerzas eran las que más probabilidades tenían de verse obligadas á sostener un encuentro sangriento. Mr. de Talleyrand escogió para desempeñar aquella misión á Mr. de Saint-Simón, quien salió de París acompañado de un oficial inglés á fin de poder llegar con él hasta las filas del ejército enemigo. Este oficial, destinado á servirle de intérprete cerca de las fuerzas inglesas, le hizo sospechoso á los soldados franceses, que se obstinaron en no ver por todas partes más que traidores. Detenido en Orleáns, después en Montaubán, por los franceses, y también en Tolosa por los ingleses, Mr. de Saint-Simón no llegó hasta el 14 al campamento del mariscal Soult. Este mariscal había escogido en Villafranca una posición inexpugnable y en ella aguardaba á las tropas del ejército de Cataluña con la confianza de no tardar en tomar la revancha de los ingleses. Así es que Mr. de Saint-Simón le ocasionó un disgusto con su llegada, porque además de llevarle tristes noticias, le detenía en el momento más favorable para alcanzar una victoria. La presencia de Mr. de Saint-Simón produjo la más viva emoción entre aquellos soldados, que experimentaban más todavía que los de los demás ejércitos de Francia la exasperación de los viejos militares. Alentado con esto el mariscal Soult, se desentendió todo lo que le fué posible de las comunicaciones que le dirigían desde París, y figurándose al mismo tiempo que podría ser un ardid del enemigo, ordenó la detención de Mr. de Saint-Simón; pero éste pudo escaparse y se dirigió al campamento del mariscal Suchet, quien no tardó en reconocer la veracidad del emisario, mostrándose dispuesto á obedecer las órdenes del gobierno provisional, pero con condición de esperar su confirmación definitiva. Esta confirmación llegó bien pronto, y un armisticio como los que se habían confirmado en los demás campos de batalla, suspendió las hostilidades entre los mariscales franceses y las fuerzas enemigas que invadieron la frontera de los Pirineos.

Mientras que en las más apartadas regiones defendían nuestros ejércitos el imperio, ignorando su caída, sobre nuestras fronteras y aun á las mismas puertas de París

combatían algunos valientes hasta el último momento en defensa de la patria. El conde de Marmier, aunque nunca había servido, formó y equipó á sus expensas una legión de guardias nacionales movilizadas, se estableció con ella en Huningue y defendió heroicamente la plaza durante cinco meses enteros. Por su parte, el valiente Daumesnil, célebre bajo el mote del *de la pierna de palo*, se encerró en Vincennes, resuelto á no dejar que el enemigo se apoderase del inmenso material que allí había. Amenazado con que tendría que soportar los rigores de la guerra si no abría las puertas cuyas llaves custodiaba, respondió que antes volaría la plaza; y nadie se atrevió á atacarle: como todos los demás, sólo se rindió á la evidencia de la revolución que se había operado en París y al gobierno regular que produjo.

Así pues, como vemos, desde Amberes á Hamburgo, desde Hamburgo á Milán, desde Milán á Tolosa y desde Tolosa á Vincennes, cesó la obstinada resistencia que nuestros soldados, dispersos en cien leguas de terreno, no habían dejado de oponer á la Europa coligada, y desde entonces el nuevo gobierno, desembarazado de la presencia de Napoleón, lo estuvo también de la resistencia de sus generales, todos dispuestos en aquellos momentos á reconocer á los Borbones.

Pero si había terminado la resistencia de los ejércitos, comenzaba á formarse la de las pasiones, y contra ésta sólo una fuerza eficaz podía oponerse: la prudencia. ¿Y podía esperarse de los príncipes de Borbón y de sus amigos, que volvían unos y otros á su país después de veinticinco años de proscripción y de desgracias? Tal fué la formidable cuestión que se suscitó con la caída del imperio.

A los dos ó tres días de la llegada á París del conde de Artois (entró el 12 de abril), se vió impulsado por un torbellino muy suficiente para debilitar una cabeza más fuerte que la suya. Aposentado en las Tullerías, y no conteniendo su alegría de verse allí, hubiera querido comunicar á todo el mundo la satisfacción de que gozaba: por tanto no trató más que de persuadir á los partidarios del imperio de que nada sería cambiado, prometiendo por el contrario á los emigrados que volvían con él después de veinticinco años de sufrimientos, que serían plenamente satisfechos con tal de que supiesen esperar la reparación. Pero comprendió desde el primer día que sus palabras afectuosas no eran bastantes para vencer las dificultades de su situación; llegó el momento de necesitar ayudantes de campo, y entonces se trató de saber de dónde se les escogería. Los amigos que habían llegado del extranjero con el príncipe, ó que del interior habían acudido á su encuentro, hubieran deseado que, dejándose las altas funciones políticas á los hombres del imperio, se les hubiera al menos reservado los destinos próximos á las personas reales; pero cómo escoger los ayudantes de campo de otra parte que de entre los militares, y cómo escogerlos de entre los militares en otra parte que en los ejércitos imperiales? La solución era difícil, y Mr. de Vitrolles, conociendo mejor que nadie el estado de las cosas, aconsejó al conde de Artois que eligiese sus ayudantes de campo entre los oficiales más distinguidos del imperio. El príncipe siguió su consejo y nombró á MM. de Nansouty y de Lauristón, los que le convenían más que ningún otro, porque además de haberse hecho ilustres en el

ejército, tenían algunos grados de afinidad con la antigua nobleza. Esta elección despertó vivos clamores entre los amigos del príncipe, valiéndole grandes enemistades á Mr. de Vitrolles y reveló de una vez las disposiciones en que los hombres del antiguo y del moderno régimen se encontrarían unos respecto de otros al reunirse en torno de los Borbones. El conde de Artois, consagrado exclusivamente á recibir felicitaciones, á las visitas, á las entrevistas con los soberanos, no fijó su atención en aquel incidente y continuó manifestando su alegría y prodigando los apretones de manos y las promesas. Sin embargo, era preciso ocuparse de un asunto muy grave y que no se podía dilucidar con la bondad de carácter, el del título que el príncipe debía tomar para coger las riendas del Estado. El título de lugarteniente general del reino era el que estaba indicado naturalmente, puesto que iba á ejercer la autoridad real en ausencia del rey; pero cómo atreverse á investirse con este título en presencia del senado, única autoridad reconocida en aquellos momentos, que se había desentendido de todo después de haber depuesto á Napoleón, no habiendo querido tomar parte en ninguna de las últimas ceremonias, é indicando, tanto con su actitud como con el lenguaje individual de sus miembros, que no investiría ni al conde de Artois ni al mismo rey con el poder sin la previa adopción por éstos de la Constitución decretada? Costaba mucho trabajo hacer comprender esta dificultad al conde de Artois y á sus amigos, tanto porque les parecía que ante la sola presencia del soberano legítimo ó de su representante no debía subsistir más autoridad que la suya, cuanto porque estaban poco acostumbrados á creer que fuera del derecho real pudiera haber ningún otro emanado de la nación ó refluente á ella. Mr. de Vitrolles, que servía al senado de intermediario con el gobierno provisional, advertido de la dificultad y sabiendo que no se la podía abordar con ligereza, informó de ella al príncipe, quien á su vez le confió el cuidado de resolverla del mejor modo posible, entendiéndose con los que estaban encargados de dilucidar los asuntos de mayor importancia.

Por más que el público continuase persiguiendo al senado con sus burlas, no por eso dejaba de considerarle como la única autoridad entonces existente, y si hubiera abrigado la creencia de que los Borbones no querían recibir de ella la investidura, practicando principios absolutos, se hubiera puesto al lado del senado, el ejército hubiera seguido su ejemplo y los soberanos aliados se hubieran unido al público y al ejército para ser fieles á su palabra y para obrar tanto con buen sentido, como por convicción; porque el emperador Alejandro, en particular, aprobaba por completo la intención de no llamar al poder á la antigua dinastía sino á condición de que aceptase una Constitución liberal. No se podía, pues, pensando razonadamente, ponerse en duda la autoridad del senado, y este alto cuerpo por su parte no dejaba de hallarse en gran apuro. Convencida la opinión pública de la conveniencia y necesidad de la restauración de los Borbones, se consagraba á ellos con entusiasmo, y este sentimiento verdadero é hijo de la razón en el pueblo, producto de la ambición y á veces de la bajeza en algunos particulares, se aumentaba de día en día. La aceptación personal que alcanzó el conde de Artois contribuía también á aumentarla, y el senado

se hallaba expuesto á verse solo antes de mucho tiempo. Era, pues, necesario que transigieran tanto unos como otros; pero como, según costumbre, antes de transigir llegaban al último extremo, Mr. de Talleyrand, eludiendo siempre las dificultades, no podía, tanto por su pereza como por fatigarse de la controversia, poner de mutuo acuerdo á las partes contrarias, y las dejó luchar, esperando tranquilamente de su mutuo cansancio una solución cualquiera que fuese.

Por aquel tiempo se hallaba en París un personaje cuya llegada ya hemos anunciado anteriormente, el



Dumesnil, llamado el de la pierna de palo, comandante de Vincennes

duque de Otranto, quien buscando fatigas en vez de rehuir las, y deseando á toda costa intrigar y adquirir importancia, se lamentaba amargamente de haber dejado escapar, por encontrarse ausente, la ocasión de desempeñar el principal papel. Apenas llegado á París, se puso en evidencia protestando abiertamente contra el tratado del 11 de abril, y experimentó una verdadera alegría al descubrir en aquella cuestión, que con tanto interés se ventilaba, un ancho campo á su actividad trastornadora y atrevida. Su parecer era el de que el senado sostuviese su autoridad ante los Borbones, porque en su calidad de regicida tenía más necesidad que nadie de sustentarla; pero comprendía el embarazo de este alto cuerpo y quería sacarle de él al mismo tiempo que prestar á los Borbones un servicio, del cual pudiera aprovecharse al lado suyo. Por otra parte, era más á propósito que Mr. de Talleyrand para vencer las dificultades existentes, tanto porque era más fecundo en recursos, como porque temía menos que aquél ponerse en evidencia y porque manejaba admirablemente la intriga en el senado. Ingiriéndose por todos lados, había

llegado casi á formar parte del gobierno provisional como uno de sus miembros, y Mr. de Talleyrand no se había cuidado de oponerse á esta actividad, en la creencia de que podría aprovecharse de ella y utilizarse de los servicios del duque.

El gobierno provisional, siguiendo al conde de Artois, se trasladó desde la calle de San Florentino á las Tullerías, y sin evitar los escollos con que había tropezado al principio, continuó dando oídos á los entrometidos, á los consejeros, á los pretendientes y hasta á los ociosos.

Ocupábase en discutir con algunos senadores la cuestión importante del momento, esto es, la del título que debía darse al conde de Artois, y Mr. de Vitrolles, hablando en favor del príncipe, hacía valer los derechos del trono legítimo, cuando Mr. Fouché, con una mezcla de vulgaridad y de buen sentido, y diciendo bastante explícitamente á Mr. de Vitrolles que apenas comprendía el asunto de que se trataba, declaró que era preciso con efecto investir al conde de Artois con el título de lugarteniente general, pero que debía recibir la investidura del senado, el cual no se la otorgaría hasta que se comprometiese á respetar la Constitución senatorial. Mr. de Vitrolles hizo presente que el príncipe carecía de poderes, porque no había tenido tiempo de hacerse autorizar para aceptar la Constitución; Mr. Fouché juzgó muy leve esta objeción y expuso que la dificultad de que hacía mérito Mr. de Vitrolles era insignificante, que el conde de Artois conocía mejor que nadie á su hermano Luis XVIII y su manera de pensar, que por tanto podía desde luego obrar de conformidad con las ideas del monarca y declarar que, conociendo sus intenciones, estaba seguro de que aceptaría la Constitución, si no en todos sus términos, al menos en sus bases principales. No se detuvo aquí Mr. Fouché; ideó inmediatamente la redacción de esta declaración que, aparte de las modificaciones que pudiesen introducirse en ella, contenía un verdadero compromiso moral de respetar la Constitución, sin suscitar la dificultad de la falta de autorización real que tenía el príncipe. Según su proyecto, el senado se trasladaría á las Tullerías, el conde de Artois leería ante él la declaración convenida, y después de esta lectura el senado le conferiría el título de lugarteniente general. «¿Pero quién puede asegurar que el senado aceptará este arreglo?» preguntó Mr. de Vitrolles. «Yo,» respondió Mr. Fouché con su habitual seguridad. Mr. de Vitrolles, que veía por la primera vez de su vida á Mr. Fouché, pareció preguntar á las miradas de todos los circunstantes quién era el personaje tan confiado de sí mismo y de los demás con quienes discutía. Habiendo satisfecho su curiosidad los que se hallaban á su lado, comprendió entonces la presunción de su interlocutor y no dudó del resultado, sin mostrarse demasiado temeroso al ver que el príncipe iba á convertirse en protegido de un regicida. Se aprobó la adopción del recurso propuesto y cada cual se encaminó por su lado á preparar á las partes interesadas. Mr. de Talleyrand dejó obrar á Mr. Fouché, esto era natural: siempre la pereza cede su puesto á la actividad aun con perjuicio suyo.

Mr. de Vitrolles se dirigió á dar cuenta al conde de Artois y á sus amigos del arreglo propuesto por Mr. Fouché. No fué seguramente el príncipe quien más se disgustó al saberlo. Embriagado con los triunfos, con los

aplausos que le tributaban por doquiera, estaba decidido á considerar cuantas dificultades se opusiesen, como sutilezas de poca importancia á las que haría justicia el tiempo, y presto á consentir en todo, con tal de que le confriesen inmediatamente el título de lugarteniente general. Pero sus amigos, más preocupados que él del triunfo de sus principios, se sublevaron al ver que no había sido reconocida la autoridad legítima desde el instante en que se había manifestado, siendo por el contrario tasada por un poder que parecía considerarse superior á ella, bajo el pretexto de representar á la nación. Estas pretensiones del senado los indignaban y se habían resuelto á no sufrirlas por ningún concepto. Como habían triunfado de los colores tricolores, esperaban triunfar con la misma facilidad de los que ellos llamaban principios revolucionarios; pero Mr. de Vitrolles, después de consolarlos y consolarse, no quiso incitarles á cometer imprudencias, cuya locura no desconocía, y comprendió que era preciso tomar un partido. Porque, ¿qué hacer en aquellas circunstancias? Quedarse en París sin autoridad legal no era posible; hacer frente al senado y obrar sin su acuerdo, esto no era ventajoso á no haberse destruído este cuerpo, decretando su disolución y cerrando el salón de sesiones. Pero ¿cómo llevar á cabo semejante resolución? Los amigos del príncipe no eran más que ocho ó diez en París, y no conocían á nadie, ni siquiera á un agente de la administración á quien dar una orden. No contaban con ninguna fuerza organizada, porque los soldados de Marmont, los únicos que se separaron de Napoleón, pertenecían al gobierno provisional. La guardia nacional había adoptado la escarapela blanca con una repugnancia visible, y los soldados aliados obedecían exclusivamente al demasiado liberal Alejandro. En esta situación hubiera sido una locura tratar de destruir el senado, y el gobierno provisional y el príncipe se hubieran expuesto á un inmenso ridículo, probablemente á la desaprobación de Luis XVIII y quizá á una reacción universal de los ánimos en favor de la regencia de María Luisa, si hubiera llegado á formalizarse esta tentativa contrarrevolucionaria.

El conde de Artois, predispuesto como estaba á recibir bien las proposiciones que se le hicieran, manifestó que no podía sin orden de su hermano, sin su formal consentimiento, exponer con tentativas tan peligrosas la causa del trono milagrosamente ganada; dijo que era preciso aceptar la investidura de manos del senado bajo las condiciones menos apremiantes, apoderarse lo más pronto que se pudiera de la autoridad real, y después de tenerla obrar á su gusto hasta la llegada de Luis XVIII, quien una vez sentado sobre el trono, acordaría lo que debía hacerse. Al verle decidido á someterse, los consejeros del conde de Artois no se atrevieron á persistir en su oposición y acordaron ceder, pero de todos modos modificando la declaración que había formulado Mr. Fouché, con el fin de atenuar el compromiso que debía exigirse al príncipe, no mencionando más que las bases generales de la Constitución futura. Verificada esta enmienda en el documento en cuestión, Mr. de Vitrolles fué en busca de Mr. Fouché, quien no inquietándose por los cambios introducidos en la forma del escrito, toda vez que el pensamiento era el mismo, se apresuró á disponer al senado para que adoptase el arreglo convenido.

Mientras que se ocupaban los amigos del príncipe en resolver estos asuntos, noticioso el emperador Alejandro de las dificultades que oponía el consejo del conde de Artois á las condiciones propuestas por el senado, comisionó á Mr. de Nesselrode para que viese á Mr. de Vitrolles y le participase las intenciones de los soberanos aliados. En la mañana del 14, mientras que el senado estaba reunido en sesión, Mr. de Nesselrode tuvo una entrevista con Mr. de Vitrolles en la que le habló clara y terminantemente. El ministro ruso, cuyo lenguaje era generalmente sencillo, moderado, pero preciso, declaró á Mr. de Vitrolles en nombre de su amo y de los soberanos aliados, que al senado se debía la caída de Napoleón y el llamamiento de los Borbones; que sin este alto cuerpo no hubiera habido una sola autoridad con quien poder entenderse; que á pesar de los ataques que se le dirigían, el senado se hallaba compuesto de los hombres más inteligentes y experimentados del país; que nunca se llegaría á dominar una nación tan indomable como la nación francesa, siguiendo los consejos de algunos emigrados ignorantes de lo que eran la Francia, la Europa y el siglo; que era preciso, pues, someterse á las condiciones del senado, las que después de todo no tenían nada que no fuese razonable; que no existían entonces más que dos fuerzas verdaderas, el ejército de Napoleón y las doscientas mil bayonetas de los soberanos aliados; que el primero no quería más que al rey de Roma, y que las segundas, en vez de repetir contra el senado un 18 brumario, lo evitarían; que esta era la resolución que se había tomado y que no tenía encargo de discutirla, sino de notificarla.

Mr. de Vitrolles, como ya lo había hecho, se retiró indignado contra la influencia extranjera que él mismo había ido á buscar á Troyes, y fué á dar cuenta al príncipe del acuerdo que le habían comunicado. Se gritó mucho contra el loco Alejandro, como solían llamar por entonces al emperador de Rusia, y se esperó con una resignación forzada la resolución del senado.

Este cuerpo, reunido aquel mismo día, escuchó las proposiciones de Mr. Fouché, apoyadas con toda la influencia de Mr. de Talleyrand. No se dirigía la opinión del senado por medio de razones presentadas en las sesiones públicas, sino por medio de palabras pronunciadas al oído de cada uno de los miembros del alto cuerpo por agentes activos y expertos. Entre estos últimos no había ninguno más revoltoso que Mr. Fouché. Dijo á los senadores que era preciso salir del atolladero é investir al conde de Artois con el título de lugarteniente general, toda vez que quedarían en pie las condiciones ya estipuladas, esto es, la Constitución senatorial y el juramento del rey á esta Constitución.

Decidido por lo que hablaron Mr. Fouché y Mr. de Talleyrand, el senado votó en la misma sesión la resolución siguiente, que por aquella vez hizo honor á su firmeza y no dió el menor pábulo al ridículo:

«De acuerdo con la proposición del gobierno provisional y el dictamen de una comisión especial, compuesta de siete miembros,

»El senado confiere el gobierno provisional de la Francia á S. A. R. el conde de Artois, otorgándole el título de lugarteniente general del reino, hasta que Luis Estanislao Javier, llamado á ocupar el trono de los franceses acepte la Carta constitucional.

»El senado ordena que su acuerdo de este día sea presentado esta tarde por el senado en corporación á S. A. R. el conde de Artois.

»Dado en París el 14 de abril.»

Al volver á las Tullerías encontró Mr. de Talleyrand en el palacio á Mr. de Vitrolles, y dejando negligentemente sobre una mesa el texto de la resolución del senado, le dijo que era preciso conformarse con ella, porque el senado iría aquella misma tarde á recibir la declaración del príncipe y á leerle su acuerdo. Mr. de Vitrolles, volviéndose á buscar al príncipe, le halló menos complaciente que el día anterior. La orgullosa sequedad de los términos en que se le confería un poder provisional y condicional le llenaron de ira. Rechazó con violencia el documento que le presentaban y exclamó que no tenía nada que ver con los señores senadores, que no los conocía para nada, que no los recibiría y que sería lugarteniente del reino en virtud de su derecho y no en la de su declaración. Así, pues, el príncipe, más razonable que sus amigos el día anterior, lo fué mucho menos veinticuatro horas después, y cada cual deliró á su tiempo. Pero la necesidad que había dominado á los amigos del conde de Artois debía dominarle á él mismo, puesto que el 14 de abril no contaba con más fuerzas que el 13, y el ejército obedecía á Napoleón, la guardia nacional al senado, y los soldados extranjeros al emperador Alejandro. No faltó quien fijase los ojos en el cuerpo legislativo, más popular que el senado, pero menos autorizado; se procuró sondear á algunos de los más influyentes personajes que le componían, pero éstos no dieron más que respuestas tímidas y poco estimulantes. Por otra parte este cuerpo contaba en aquellos momentos tan pocos miembros en París, que hubiera sido imposible convocarlo. Era muy tarde ya, el senado iba á llegar de un momento á otro, y ni aun quedaba tiempo para intentar un partido extremo. Volvieron á leer la declaración exigida al príncipe, se atenuaron en cuanto fué posible los compromisos, pero dejaron subsistir el fondo de las cosas, y este fondo presentaba al trono restaurado bajo la condición de dar las garantías que han recibido después el título de *Carta constitucional*; esto es, bajo la condición de aceptar la revolución francesa en cuanto tenía de más legítimo y de más respetable.

A las ocho de la noche se presentó el senado en las Tullerías, conducido por su presidente Mr. de Talleyrand.

Este personaje, tan á propósito para las representaciones en que era preciso atemperar la firmeza con una exquisita urbanidad, se acercó al príncipe, y apoyándose según su costumbre sobre el bastón, la cabeza inclinada hacia la espalda, leyó un discurso valiente y hábil á la vez, en el que explicó la conducta del senado sin excusarla, porque en su concepto no necesitaba excusa.

«El senado, decía, ha promovido la vuelta de vuestra augusta casa al trono de Francia. Demasiado advertido por el presente y el pasado, desea con la nación afirmar para siempre la autoridad real en una justa división de los poderes y en la libertad pública, únicas garantías de felicidad y de bienestar general.

»El senado, persuadido de que profesáis con todo vuestro corazón los principios de la nueva Constitución,